

se ofrecen interesantes índices de cartas, documentos y láminas, más otro par de exhaustivos índices –antroponímico y toponímico–, los cuales constituyen una acertada guía tanto para los lectores en general, como para quienes necesiten adentrarse en temáticas más especializadas, sin olvidarnos claro está, de las excelentes aportaciones bibliográficas en torno a la emigración española a América y las relaciones epistolares entre el Viejo y el Nuevo Mundo, incluidas a lo largo de la obra. En conclusión, *Entre Castro del Río y México Correspondencia privada de Diego de la Cueva y su hermano Juan, emigrante en Indias (1601-1641)*, es un libro de lectura asequible, ágil y amena que ofrece una complicidad abiertamente anunciada, pues destaca la versatilidad de quien lo escribe para adentrarnos en su epistolario, conforme se avanza en el estudio y lectura cruzada de las misivas entre los hermanos.

Le damos pues la bienvenida a esta deliciosa obra desde el otro lado del Atlántico, en unos tiempos en que desafortunadamente el género epistolar se perfila en otra de nuestras omisiones cotidianas del siglo XXI ante la irreverente preferencia por las nuevas tecnologías o la última moda en comunicación digital, modernidades estas que nos alejan cada vez más de los placeres infinitos de la escritura con pluma, papel y sobre cerrado, o de la ilusión de quien espera pacientemente oír el timbre de su puerta para recibir en sus propias manos, una carta.

Diana ARAUZ MERCADO

IBARRA, Antonio – VALLE PAVÓN, Guillermina del (coords.). *Redes sociales e instituciones comerciales en el imperio español, siglos XVII a XIX*. México. 2007. Instituto Mora - UNAM - Facultad de Economía. 340 pp.

El estudio de la acción social mediante la recreación de los vínculos interpersonales es un enfoque que, en los últimos años, ha tenido una importante aceptación en la historiografía americanista. Aun cuando la aplicación de la teoría y la metodología de redes sociales a las problemáticas históricas no han estado exentas de dificultades, tanto de orden práctico como de carácter teórico, la adopción de una perspectiva relacional ha promovido una percepción notablemente más compleja no sólo de las dinámicas sociales americanas, sino también del ejercicio del poder, del funcionamiento institucional, del desenvolvimiento económico e, incluso, de la articulación de los múltiples territorios de la Monarquía Hispana. En esta línea de análisis, la presente obra, coordinada por Antonio Ibarra y Guillermina del Valle Pavón, reúne once artículos que ponen de manifiesto cómo “los sistemas de relaciones [...] fortalecieron y consolidaron negocios e instituciones mercantiles, dieron cohesión a los grupos familiares y corporativos, además de favorecer la integración del imperio”.

En el primero de los trabajos que componen esta obra, Renate Pieper y Philipp Lesiak analizan las redes comerciales que, hacia 1620, articularon el mundo mediterráneo y el mundo atlántico a través del enclave de Sevilla. Si bien en este caso par-

ticular se analizan las redes de dos comisarios del asentista del azogue de las minas de Idria y las de un comerciante de lanas flamenco establecido en Sevilla con la finalidad de esbozar los lazos entre el este y el oeste del Mediterráneo, este trabajo se deriva de una importantísima labor documental de reconstrucción de redes egocentradas por medio de las cuales se canalizaba una actividad mercantil estrechamente vinculada al mundo atlántico y a la Carrera de Indias. Este tipo de análisis les ha permitido apreciar a los autores cómo se complementaban algunos de los principales enclaves económicos europeos y, demostrar que “las conexiones del centro de Europa con el mundo Atlántico pasaron por varios intermediarios. Mientras que el mundo sevillano se articuló alrededor de la Carrera de Indias [...] los contactos entre ambas orillas del Mediterráneo, logrados con el comercio de la lana y del azogue, los llevaron a cabo otros personajes, tanto flamencos como portugueses y comerciantes de las Italias. Sin embargo, el mundo de las libranzas pasó por el mercado de Amberes. De manera que podemos concluir que en Sevilla se cristalizaron intereses de ambas regiones europeas unidas al mundo atlántico”.

El trabajo de Antonio García León contempla la gran incidencia de los mercaderes portugueses en la articulación mercantil del imperio español, centrándose en las redes comerciales que algunos de sus miembros establecieron a partir del puerto de Veracruz durante la primera mitad del siglo XVII. Concretamente, García León estudia los vínculos mercantiles de Francisco Rodríguez y Antonio Méndez Chillón, dos de los principales comerciantes portugueses establecidos en aquel puerto hasta 1647, año en que fueron expulsados y puestos a disposición del Santo Oficio. Como pone de manifiesto este autor, la comunidad portuguesa establecida en el principal enclave comercial novohispano no sólo consiguió desempeñar un papel muy importante en la actividad económica del virreinato, sino que también participó en la administración y contribuyó de manera decisiva al mantenimiento de las redes mercantiles del Atlántico y del Caribe. Estos hechos adquieren toda su dimensión si se tienen presentes las características de la administración virreinal y la coyuntura económica de mediados del siglo XVII, que se vieron sensiblemente afectadas por la desestructuración de los entramados mercantiles lusitanos.

María Teresa Huerta destaca la importancia de los mercaderes de plata en el desenvolvimiento económico novohispano durante el siglo XVII, estudiando la participación y el control que ejercieron sobre la actividad minera norteña. Su artículo se detiene en algunos de estos comerciantes y estudia dos dimensiones complementarias de sus complejas actividades encaminadas a asegurar su privilegiada situación en distintos ámbitos. Por un lado, describe los mecanismos de naturaleza económica que pusieron en ejecución para consolidarse como el sector más poderoso del gremio mercantil novohispano, entre los que destacaron el establecimiento de extensas redes mercantiles y la diversificación económica. Por otro, aborda los esfuerzos realizados por estos individuos para construir posiciones de poder dentro del Consulado de México, de la Casa de la Moneda, de la Real Hacienda o en diversas instancias de la administración.

El estudio de Guillermina del Valle está dedicado a Manuel Rodríguez de Pedroso, conde de San Bartolomé de Xala, uno de los mercaderes más poderosos del consulado de México hacia mediados del siglo XVIII. Este trabajo resalta el papel fundamental que tuvieron las redes familiares y de paisanaje en la formación de su

fortuna y, en el desarrollo de los múltiples negocios que tuvo durante su vida profesional, que comprendieron el comercio a gran escala, la producción de diferentes mercancías e, incluso, el trato al por menor. De hecho, los primeros pasos de su carrera como comerciante estuvieron asociados a sus propias relaciones matrimoniales. Asimismo, los vínculos familiares de Rodríguez de Pedroso también hicieron posible los tratos que mantuvo con Filipinas y con Sevilla, por lo que se puede constatar claramente en este caso de qué forma el éxito en los negocios dependía, en buena medida, de una correcta administración de las relaciones interpersonales.

El trabajo de Clara Elena Suárez Argüello consiste en un estudio centrado en las actividades del “conductor de cargas reales” de la Nueva España, Pedro de Vértiz. Entre 1762 y 1802 Vértiz tuvo a su cargo no sólo el traslado de las “cargas reales”, sino que también estableció una casa de conductas a través de la cual movilizó bienes, mercancías y dinero hacia diversos puntos del espacio novohispano. Durante las cuatro décadas en que estuvo operativa, la casa se convirtió en un elemento esencial del transporte de la Nueva España. Como pone de manifiesto la autora, para conseguir este grado de operatividad la empresa dependió de un dilatado conjunto de relaciones de diversa naturaleza que hicieron posible la articulación de un vasto territorio, entre las que destacaron los vínculos de parentesco.

María Concepción Gaviria Márquez analiza las actividades comerciales de la Casa Gutiérrez hacia finales del siglo XVIII, enfatizando la importancia que poseían los vínculos de parentesco y paisanaje en la articulación de su actividad mercantil entre el puerto de Cádiz y los virreinos del Perú y del Río de la Plata. Como demuestra la autora, esta empresa comercial, establecida por los hermanos Gutiérrez de Otero, montañeses del valle del Soba, basaba en este tipo de relaciones no sólo su funcionamiento ordinario, ya que la mayor parte de sus comisionados en América eran parientes y/o paisanos, sino también el reclutamiento, la formación y el desempeño de los futuros miembros de la red mercantil trazada a partir del enclave gaditano. Asimismo este trabajo destaca el papel desempeñado por una disciplina de laboriosidad y religiosidad que condicionaba la actividad de los emigrantes cántabros y que aparentemente resultó un componente esencial de la unión del grupo consanguíneo, de la preservación de bienes e intereses familiares y, en definitiva, de su éxito económico.

Luis Alonso Álvarez considera el impacto que las reformas borbónicas tuvieron en las redes mercantiles establecidas entre las posesiones asiáticas de la Corona española y la Nueva España, canalizadas a través del monopolio del Galeón de Manila. En el cambiante contexto generado por las múltiples novedades que afectaron al comercio entre Manila y Acapulco durante el siglo XVIII y, por las reformas propulsadas por la Corona que liberalizaron la actividad mercantil, el autor esboza algunas de las respuestas ensayadas por ciertos componentes de las redes comerciales amenazadas. Utilizando diversos memoriales en los que se plasman las reacciones del Consulado, de las órdenes religiosas y de algunos comerciantes particulares, se pueden apreciar varias actitudes ante la nueva situación. Éstos oscilaron entre la defensa corporativa y las divergencias surgidas en el interior de los grupos mercantiles respecto a las estrategias a seguir.

Álvaro Alcántara López centra su trabajo en uno de los miembros más destacados de la élite de Acayucán de la segunda mitad del siglo XVIII: Joseph Quintero.

Herederó de la relevante posición de su suegro, Juan Bautista Franyutti, Quintero desplegó una estrategia de poder que no sólo le sirvió para preservar su posición, sino que también permitió a la familia Franyutti conservar el poder y superar una crisis generacional. En este sentido, este importante miembro de la élite acayuqueña consolidó una extensa red social, centrada en su familia y en un conjunto de aliados, que tenía presencia en múltiples espacios de poder, algunos de los cuales trascendían el ámbito local. Este entramado relacional, que ejerció una gran influencia en la vida política y económica, es considerado por el autor como un ejemplo que permite comprender tanto las dinámicas internas de la élite local, como también la interacción entre los grupos de poder y la Corona en espacios alejados de los principales centros urbanos americanos.

El tema abordado en el artículo de Andrés Kraselsky es el de los objetivos, los intereses y las estrategias desplegadas por los comerciantes rioplatenses de finales del siglo XVIII. Su estudio se articula en torno a las Juntas de Comercio que, desde el año 1779, sirvieron a la corporación mercantil porteña de medio de expresión y de recurso de representación ante las autoridades reales. Así, según el planteamiento del autor, en el ámbito local las Juntas actuaron como escenario del proceso de negociación entre los grandes comerciantes y la corona, que les permitió a los primeros consolidar su hegemonía sobre los mercados locales y vincularse a los mercados regionales, y, a la segunda, aumentar los ingresos fiscales. De modo que las Juntas funcionaron como el eslabón fundamental de “una cadena de consenso y legitimidad donde los actores buscaron su beneficio y actuaron en consecuencia”.

Antonio Ibarra realiza un interesante estudio sobre la actividad mercantil de una porción de los comerciantes del Consulado de Guadalajara. En él elabora un análisis que pone en correspondencia las redes de circulación de mercancías en el espacio tapatío y las redes de negociación establecidas por los principales mercaderes. Por medio de la reconstrucción de los flujos mercantiles, Ibarra constata las características de los circuitos regionales, en los que “la región de Guadalajara desbordó a la propia capital del reino novohispano como centro solar del mercado”. Complementariamente, el denso análisis que realiza de las redes de negociación le permite afirmar que “la forma adoptada por la red de negociación, hace notar el carácter policentrado de los negocios, aunque la densidad del tráfico apuntara hacia una fuerte integración con el puerto jarocho”.

Finalmente, Oscar Cruz Barney analiza los sucesivos intentos del Consulado de México de establecer diputaciones foráneas en diversos enclaves comerciales del espacio novohispano. Estos esfuerzos tuvieron lugar durante las primeras décadas del siglo XIX y sirven, según el autor, no sólo como aproximación a la composición de la élite mercantil, sino también como un testimonio de las continuidades en la institución y en las prácticas consulares en México tras la revolución de independencia.

Así se completa esta obra planteada según una perspectiva relacional, en cuyos artículos se pueden constatar grados muy diversos de formalización y aplicación de herramientas teóricas. A pesar de esto, representa una contribución relevante a la renovación de las percepciones sobre la vida económica en la América colonial, en la que las estrategias relacionales de los actores desempeñaban un papel esencial, no sólo para el desenvolvimiento concreto de los negocios, sino también para la integra-

ción de los mercados regionales, para el funcionamiento institucional y para la articulación del Imperio hispano.

Arrigo AMADORI
Universidad Complutense de Madrid

CONTRERAS CRUZ, Carlos - PARDO HERNÁNDEZ, Claudia Patricia (coords.): *El Obispado de Puebla. Españoles. Indios, mestizos y castas en tiempos del virrey Bucareli, 1777*. México. 2007. Benemérita Universidad de Puebla / Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vélaz Pliego", 305 pp.

Este libro presenta varios estudios de los distintos espacios geográficos-administrativos del obispado de Puebla en el tiempo que gobernaba Nueva España el virrey Antonio María de Bucareli y Ursúa (1771-1779). Concretamente analiza el padrón de 1777, que tiene su origen en la real orden firmada en San Lorenzo del Escorial el 10 de noviembre de 1776, con la intención de conocer el número de vasallos y habitantes del virreinato novohispano.

Los nueve pueblos que conforman el contenido de este libro están incluidos en los distritos de Puebla y Veracruz. Se inicia en la propia ciudad de Puebla (sede del obispado y segunda capital del virreinato), continúa con Apizaco (pueblo tlaxcalteca de gran relevancia en el siglo XIX), después aparecen los importantes núcleos de Tepeaca (gran centro comercial desde el mundo prehispánico y colonial) y Nopalucan (en la región central del actual Estado de Puebla), para avanzar luego a Orizaba y Xalapa, ya en el actual Estado de Veracruz (villas fundamentales en el llamado camino real de México a Veracruz); posteriormente se estudian varios pueblos de dos zonas típicas de la región como son la Sierra Norte de Puebla y las Huastecas. Finalmente el libro se cierra con un pequeño trabajo monográfico sobre el pueblo de Zacapoaxtla en la sierra de Puebla.

El objetivo principal de la obra consiste en establecer el perfil general de todas las almas y su distribución sobre los distintos espacios parroquiales; analizar las proporciones en que los diversos grupos raciales se agrupaban en el total de la población; tratar de acercarse a la llamada vitalidad de los grupos étnicos. La satisfacción de estos propósitos permitirá sentar las bases para un análisis cuantitativo de la constitución histórica de un problema central: la potencialidad del mestizaje.

Ahora bien, el estudio de los padrones de Puebla hay que enmarcarlo dentro de un contexto general. Puesto que estudios contemporáneos muestran que la región poblana atravesó por un estancamiento relativo durante el largo periodo que se extiende desde finales del siglo XVII, todo el XVIII y principios del XIX. Ese estancamiento tuvo su expresión en un menor dinamismo de la región respecto a otros espacios novohispanos como Michoacán, Guadalajara y algunas zonas del norte. Por lo tanto, Puebla quedó excluida del desarrollo de la economía regional, que incluía el movimiento de expansión económica provocado por el auge minero del siglo XVIII en Nueva España.